

(d)

“ENDURING FREEDOM”: LA TRANSFORMACIÓN DE LA MASCULINIDAD LIBERAL EN EL DISCURSO SOBRE EL TERRORISMO

TERESA OROZCO

**Instituto de Politología Comparada y Relaciones Internacionales
Universidad de Frankfurt del Main**

Mi exposición se limita a hacer observaciones sobre un fenómeno especial, un tanto complejo, en el que se mezcla un discurso contra el terrorismo sostenido primordialmente por el valor de la libertad –considerada como exclusivamente occidental– y que se ve sustentada por una cultura masculina –postulada igualmente como occidental–, la cual conlleva connotaciones autoritarias y neofascistas, que han dejado de ser patrimonio regional de las dictaduras hasta ahora conocidas. Considero que este fenómeno es parte de una transformación de los modelos de masculinidad ligados directamente a la transición que presenta la política neoliberal, la cual ha entrado en una nueva fase de militarismo y autoritarismo que rompe con el modelo de masculinidad liberal¹ occidental de la posguerra.

De forma muy general se puede decir que los fundamentos normativos de la democracia y del estado de derecho de la posguerra –basados en la división de poderes, en el control constitucional y parlamentario del ejecutivo, en la libertad de expresión y en el voto secreto y libre, en el pluralismo político y en el debate público– se ven fuertemente minados por el desarrollo actual de la economía neoliberal, para la cual todo esto es un estorbo. Lo que está en juego es el compromiso histórico de una relativa autonomía del campo político frente al campo económico mantenida hasta ahora, que permitía al poder político ejercer una cierta regulación de lo económico en torno a los intereses nacionales. Una transformación de tal magnitud como la que intenta imponer la lógica neoliberal no puede darse sin modificar los patrones de género vigentes, lo cual implica, a su vez, transformaciones sustanciales en la masculinidad.

¹ Entiendo como “masculinidad liberal” tanto una concepción específica y normativa de masculinidad así como una forma de socialización que fue hegemónica después de 1945 y representativa de las democracias parlamentarias. Esto no quiere decir que no coexistan en estos mismos países otras formas de masculinidad más autoritarias, conservadoras y orientadas hacia la violencia. La forma en que esta masculinidad liberal a su vez se apoya en la desigualdad de género dentro de las relaciones familiares ha sido muy discutido en la investigación feminista. Véase Fraisse (2000).

Sin poder hacer un análisis detallado de algo que es, ciertamente, más complejo, quiero mostrar cómo en el discurso sobre el terrorismo se está negociando una transformación del patrón de masculinidad liberal hasta ahora vigente, sin presuponer que el consenso esté dado.

El 11 de septiembre y la recepción de Carl Schmitt

El contexto de mis observaciones es el siguiente: después del 11 de septiembre de 2001, y paralelamente a la respuesta militar norteamericana y de la OTAN frente a los actos terroristas en Nueva York –que se denominó “Enduring Freedom” (“Libertad duradera”), que comenzó el 7 de octubre de 2001 y cuya primera intervención fue la guerra en Afganistán–, se dio un particular renacimiento internacional del concepto de *lo político* referido a la obra de Carl Schmitt². En especial se discuten tanto su definición de la esencia de *lo político*, que radica en la capacidad de distinguir entre el amigo y el enemigo, como su concepto de *dictadura*, de modo que reconoce sólo al soberano que decide plenipotenciariamente el estado de excepción. Considero que este renacimiento del llamado schmittianismo –al cual, por lo regular no se le estudia desde un punto de vista de género– tiene su fundamento en la masculinización del discurso. Schmitt localiza al enemigo no en el movimiento obrero organizado de su tiempo, sino en la actitud liberal que permite que grupos sociales, hasta entonces marginados, se articulen políticamente y conquisten derechos de participación. Un análisis de género de partes centrales de la obra de Schmitt permite ver cómo su concepto de lo político conlleva un masculinismo vitalista, que condensa la opción de Schmitt por la dictadura en contra de la democracia parlamentaria de su época encarnada en la República de Weimar. En otros trabajos he expuesto la importancia que tiene para su proyecto de *teología política* el destruir la noción de

² Carl Schmitt, nacido en 1888, fue un jurista católico que hizo su carrera política durante la República de Weimar y durante el nazismo. Especialista en derecho constitucional y derecho internacional, desde sus primeras obras Schmitt elaboró una crítica radical de la democracia parlamentaria y promovió un proyecto de modernización de la dictadura, apoyándose en diferentes fuentes filosóficas, entre ellas el pensamiento francés de la contrarrevolución (De Bonald y De Maestre) y en una lectura antiliberal de Thomas Hobbes, Jean Bodin y Juan Donoso Cortés, y que él denomina “teología política”. Este proyecto tuvo gran resonancia en su tiempo entre las élites conservadoras y prefascistas, y entre algunos autores de la izquierda como Walter Benjamin. A la llegada de los nazis al poder se afilió al partido y justificó, en calidad de consejero estatal prusiano, el sangriento golpe de Hitler a la dirigencia de las SA (la fracción “revolucionaria” del nazismo) afirmando que “el Führer” era la fuente del derecho, anterior a cualquier ley escrita, defendiendo sus poderes plenipotenciarios. Schmitt colaboró como ideólogo de las purgas racistas del régimen frente a sus colegas alemanes que el régimen estigmatizó como judíos. En 1936 entró en conflicto por el poder en las organizaciones de juristas nazis y fue atacado por una fracción de las SS (perdió sus funciones dentro del partido y al frente de la edición de una revista). Sin embargo, Göring lo protegió de este ataque y le abrió las puertas para colaborar con la política exterior del nazismo. Schmitt se dedicó entonces a legitimar el derecho a la guerra en contra de las convenciones de Ginebra y a reclamar un derecho imperial alemán para las zonas ocupadas. En 1945 no fue juzgado por los aliados americanos y rechazó la oferta de ser “desnazificado”. No se distanció de su colaboración, sino que se estilizó como un jurista que actuó siempre tratando de evitar un mal peor, cuyas ideas no fueron bien comprendidas. Su obra fue después de 1945 muy discutida y sus alumnos obtuvieron altos puestos como jueces en el gobierno de la posguerra. Durante este tiempo intensificó sus contactos con el franquismo español. Schmitt murió en 1985 y desde entonces se ha producido una recepción creciente y controvertida de su obra.

masculinidad liberal, estigmatizada por él como afeminada, dando preferencia a una de corte fascista, que correspondería a un sometimiento absoluto al poder de un soberano entendido como muestra de “verdadera hombría” (Orozco, 2003). El afeminamiento lo localiza Schmitt en particular en la praxis parlamentaria de la discusión que caracteriza al modelo liberal y su concepción del estado débil.

Schmitt retoma de la obra del jurista y diplomático español Juan Donoso Cortés (1809-1853) su caracterización negativa de la burguesía liberal como “clase discutidora”, sugiriendo que ésta se sustenta en una masculinidad defectuosa, ya que aboga por la paz en contra de la guerra de revancha, permite el pluralismo político, no muestra valentía para someterse a la autoridad y es incapaz de tomar decisiones a favor de la “mano fuerte”. Frente a esta caricatura de la democracia parlamentaria no hay más respuesta, para Schmitt, que una dictadura eficiente que ponga fin a toda discusión. En esencia, el arma semántica más fuerte de Schmitt no radica en discutir los argumentos liberales sino en desconocer su modelo subyacente de masculinidad. “La esencia del liberalismo es la negociación, [...] con la esperanza de que la sangrienta lucha final se pueda retrasar a través de un debate parlamentario y una discusión eterna la suspenda” (Schmitt, 1993, p. 67)³. Con esta lógica no es muy difícil legitimar cualquier forma de terrorismo estatal y la violación de un estado de derecho vigente. De este modo pudo el jurista legitimar los actos criminales del nazismo, tanto en 1934 frente a las SA, como en el inicio de la Segunda Guerra Mundial, que Schmitt celebraba como la “hazaña del Führer”. No deja de ser una ironía del destino que la doctrina Monroe —que Schmitt reclamaba para el nazismo—, es decir, el derecho de no intervención de otras potencias no-europeas en los espacios ocupados por el ejército alemán, ahora vuelva a tener un eco en el militarismo de la política internacional de la administración de Bush.

A continuación quiero mostrar no sólo el actual renacimiento de conceptos schmittianos sino cómo, a través de la creación de un enemigo fantasmal, se está gestando un nuevo modelo de masculinidad orientado hacia el militarismo y el autoritarismo en el interior de las sociedades consideradas occidentales.

³ Mi traducción. En adelante, todas las traducciones de las obras citadas son mías.

La libertad occidental frente a los “monstruos”

Buscando información más precisa sobre el proyecto “Enduring Freedom” encontré un discurso del 10 de marzo de 2002 de un oficial en jefe, Ronald H. Henderson, Jr., quien dirigía una parte de la flota americana John F. Kennedy hacia las costas de Afganistán, ante el inminente comienzo de la guerra. Me pareció significativo porque, más allá de documentar el carácter fantasmagórico del enemigo, afirma y universaliza la imagen profundamente retórica del “americano” ideal en contra del empobrecimiento real que han padecido en los últimos años los grupos sociales subalternos mayoritarios en EEUU.

Henderson caracteriza al enemigo como: “un grupo de fanáticos religiosos que nos odian y atacan porque se oponen a todo lo bueno de América” (Henderson, 2002), y se extiende en la explicación que me permito citar con amplitud:

Ellos nos odian por nuestra prosperidad. Nos odian porque somos tolerantes y somos felices pero, sobre todo, porque somos libres y estamos dispuestos “a pagar cualquier precio, a sobrepasar cualquier obstáculo, a dar la vida por defender nuestra libertad”. No hay que equivocarse: esto es una lucha por la civilización occidental. Y si nosotros no destruimos a esos monstruos ellos nos destruirán a nosotros, y los hijos de nuestros hijos vivirán con miedo eternamente. América es la única nación que puede detenerlos y destruirlos. Sólo América tiene el carácter fuerte y los vastos recursos para cazar a esos fanáticos en cualquier parte del mundo. [...] Nuestra fuerza naval es el arma más importante. Esta noche nuestros enemigos van a sentir el poder de la brigada John F. Kennedy. [...] Nosotros somos todos voluntarios [...], somos cristianos, judíos y, sí, también musulmanes. Nosotros somos América.

Al final, Henderson hace una advertencia con sentido de realidad:

Esta guerra no va a ser corta, placentera ni fácil. Ya ha requerido el sacrificio de nuestros bomberos, nuestros policías, soldados, marineros, aviadores e infantes de marina. Y muchos más van a ser sacrificados. Pero, al final, vamos a ganar justamente porque nosotros tenemos esas cosas que los terroristas odian: prosperidad, bienestar, tolerancia y, lo mejor de todo, somos libres.

Lo que sorprende en este discurso es que, a través de los esfuerzos retóricos por declarar a Occidente como lo radicalmente opuesto y “lo otro” de una cultura religiosa, fanática, retrógrada cultural y socialmente, se puede constatar la correspondencia estructural con las presuntas conductas del enemigo que se pretende combatir. Resumiendo algunas reflexiones, me parece importante ver que la función que asumen los rasgos fantasmales del enemigo es permitir la formación de sujetos sin límites respecto a su capacidad de violencia, sujetos que

sean capaces de cualquier atrocidad, cualquier violación de derechos humanos o internacionales defendiendo valores culturales y religiosos considerados superiores. Schmitt imaginaba idealmente a este tipo de sujetos como “verdaderos hombres” porque se someten a un soberano que no permite discusión sobre su legitimidad, cuya lealtad absoluta no reconoce estado de derecho alguno, sino el permanente estado de excepción.

Hacia una cultura autoritaria y una ciudadanía subalterna

Se podrían analizar en detalle los giros populistas que logra el discurso, simple en apariencia, de Henderson. Entre ellos, el más poderoso es el de universalizar lo particular y concreto haciendo partícipe virtual no sólo al pueblo norteamericano, sino a todo aquel que se considere civilizado, de aquello a lo que, justamente, sólo un porcentaje cada vez más limitado de la población norteamericana y mundial tienen acceso bajo el modelo neoliberal: al bienestar social, a la tolerancia y a la libertad. Este discurso que se autoriza a hablar en nombre de las mayorías y a dar por hecho un estado de cosas, acusa un rasgo totalitario, ya que no permite siquiera pensar que pudiera disputarse la posible falsedad de lo que se declaró como realidad. Estando inserto en la lógica de la guerra y de la estrategia de intimidación del enemigo, la cuestión de su veracidad no se disputa.

Esta argumentación no se limita a ser algo banal y puramente propagandístico sino que muestra un proyecto que intenta transformarse en modelo de ciudadanía subalterna, dispuesta a asumir los sacrificios ya existentes y los venideros que implica el proyecto neoliberal, otorgándole el valor simbólico de “hombría”. La prosperidad, el bienestar social y la tolerancia –cuya notoria falta preocupa justamente a la agenda política norteamericana y mundial–, no pueden ser discutidas y reclamadas por medio del estado de derecho; una reclamación de este tipo, en la esfera política, no tiene prioridad alguna frente a una guerra contra el terrorismo en permanencia, ya que dicha guerra está articulada como conflicto existencial entre el bien y el mal (ser o no ser), con la consecuencia de que se estigmatiza a toda demanda que reclama, justamente, la garantía de los derechos políticos elementales, así como el acceso al bienestar y a la prosperidad, con el sello de lo particular, del egoísmo, de la pérdida de valores morales, religiosos y nacionales. De esta forma se puede deducir que una de las funciones del nuevo militarismo bajo la dirección de la administración de Bush es la que Schmitt había concebido de modo magistral para la Segunda Guerra Mundial: el disciplinar con rudeza los conflictos sociales en el interior de Alemania (hoy en día de la llamada civilización occidental), convirtiendo en un lujo el reclamar derechos arduamente conquistados por generaciones pasadas, porque se vive en un estado de excepción.

Un discurso patriarcal como éste muestra de qué modo las nuevas guerras y el masculinismo militarista (sostenido también por grandes sectores femeninos) intentan fusionar imaginariamente a una nación y a un bloque geopolítico occidental. Este último, por cierto, atraviesa por graves conflictos sociales, provenientes precisamente de la devastación de recursos humanos y materiales

derivada de un modelo de economía y de cultura neoliberal que lo obliga a negar sus efectos en sus víctimas más directas, provocando una intimidación latente. Un efecto concreto de este tipo de discurso consiste en acusar a una sociedad que coloca en la agenda política estos problemas de no ser lo suficientemente viril como para ganar una guerra, y de reclamar valores materiales y no espirituales, como lo es la libertad⁴. Las fatales consecuencias del crecimiento de una cultura masculina autoritaria para las relaciones de género y las relaciones intrafamiliares pueden calcularse. Finalmente, en este debate maniqueo y neocolonialista sobre culturas que representan de manera jerárquica el bien y el mal, se podría aprender de la crítica y la reflexión feministas, es decir, del amplio abuso de la ocupación de lo universal por intereses particulares como recurso patriarcal por excelencia. Para concluir, me permito citar a la filósofa austriaca Cornelia Klinger, quien formuló esto con suficiente claridad:

Lo que definitivamente ha perjudicado a las mujeres no es que la tradición masculina del pensamiento haya reclamado para el propio género todo lo positivo y que haya considerado a lo femenino como el enemigo al que le corresponde todo lo negativo, sino el hecho de que el principio masculino, a través de afirmar la equidad entre el concepto de "ser humano" con el del "hombre", no sólo evade la oposición con lo femenino sino que se coloca por encima del género y presume de inmunidad. Justamente el hecho de que el presunto poder masculino se coloque en una posición por encima de todo y sea indiscutible, y que desde ese lugar privilegiado juzgue a las mujeres, es lo que históricamente lo ha hecho profundamente estable. (Klinger, 1986, p. 6)

⁴ Justamente la negativa de Francia y Alemania a participar en la guerra contra Irak motivó una ola de anti-europeísmo cuya característica principal, por parte de políticos y columnistas de la administración de Bush, fue la estigmatización ad gender, es decir, se consideró a los países europeos que reclamaron la falta de legitimidad de la guerra como países de hombres castrados y maricas (Orozco, 2003).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

HENDERSON Jr., Ronald H. (2002), "Aboard de USS John F. Kennedy: A call to action", www.newsmax.com/archives/articles/2002/3/13/142736.shtml.

KLINGER, Cornelia (1986), "Das Bild der Frau in der Philosophie und die Reflexion von Frauen auf die Philosophie", in *Wie männlich ist die Wissenschaft?*, K. Hausen y H. Nowotny (eds.), Frankfurt del Main, Suhrkamp.

FRAISSE, Geneviève (2000), *Les deux gouvernements: la famille et la Cité*, Paris, Gallimard.

OROZCO, Teresa (2003), "Männlichkeitskonstruktionen in der Carl Schmitt-Rezeption", *Das Argument*, C. 4, pp. 234-252.

SCHMITT, Carl (1993), *Politische Theologie*, Berlín, Dunker & Humblot.